



LA DIALÉCTICA DEL VIAJE EN "CRÓNICA DE SAN GABRIEL" DE JULIO RAMÓN RIBEYRO

GIOVANNA MINARDI 

Universidad de Palermo - Italia

El sentido profundo de la búsqueda de su identidad subyace a toda la novelística latinoamericana. Búsqueda de identidad que es búsqueda de unidad a partir de un permanente y dramático "estar roto".

Dentro de este marco está muy vivo el problema del desajuste del hombre americano con el ámbito espacial que lo rodea y la consiguiente búsqueda de centros ordenadores para una identidad todavía no aprehendida. En su búsqueda permanente, desde Las Cartas de Colón al deambular existencial de los personajes de Cortázar, por ejemplo, la literatura latinoamericana no ha hecho sino intentar encontrarse a sí misma en los reflejos de una utopía que se ha objetivado de diferentes maneras.

Encarnación de una utopía, el espacio latinoamericano se ha asimilado a un territorio donde es posible encontrar o construir un paraíso. El movimiento de búsqueda tiene mucha importancia en la narrativa latinoamericana: se van trazando direcciones para el viaje que ya tiende claramente a la demarcación del "espacio feliz", pero que necesitará de otros encuentros para constituir el particular "Umwelt" del hombre americano.

Se puede hablar de un doble movimiento de búsqueda: 1) el movimiento centrípeto, 2) el movimiento centrífugo. El primero busca la integración del espacio en función de centros que se identifican con el corazón interior del continente.

El intento de encontrar una esencial formulación existencial, despojada de toda la falsa retórica de

la "periferia" presuntamente civilizada de las grandes ciudades, supone una de las modalidades más auténticas y profundas de la búsqueda de la identidad latinoamericana.

El segundo movimiento es casi siempre traumático en su origen y en su resultado final. Este hombre es un ser desintegrado, sin idea fija de sí mismo ni sobre el mundo; el movimiento centrífugo aparece, pues, como una evasión, la huida hacia fuera. Pero si hay "desarraigo" en la primera parte del movimiento, suele haber luego una vuelta al punto de origen. Ahora quisiera quedar con el primer movimiento y aproximar aquí la novela de Julio Ramón Ribeyro "Crónica de San Gabriel"¹, cuyo esquema típico es representativo del movimiento centrípeto.

"Crónica de San Gabriel" es su primera novela (1960). Ajena a todo intencionado regionalismo, la obra se desarrolla en lugares del país muy concretos y resulta interesantemente peruana, aunque sus problemas y personajes tienden a ser estudiados desde un punto de vista universal. El mismo Ribeyro, es el prólogo a la novela, nos dice: "Que Crónica de San Gabriel transcurra en la sierra no hace de ella, sin embargo, una novela indigenista.... Su especificidad proviene de que se trata de una visión de la sierra, pero hecha por un limeño" (pag. 12).

En "Crónica de San Gabriel" el proceso de identificación personal, radicalizado por una crisis de adolescencia, se efectúa a través de dos viajes, uno dentro del otro, como dos círculos concéntricos

¹ Ribeyro, Julio Ramón. Crónica de San Gabriel. Tusquets, Ed., Barcelona 1983

que, en su reducción radical progresiva, buscarán un centro común. Dos viajes y una toma de conciencia, tal es la síntesis de "Crónica de San Gabriel".

En el primer viaje Lucho va de Lima a la hacienda familiar de San Gabriel, un posible templo para su inestable yo adolescente. Las etapas del viaje son varias y en las propias dificultades que se van generando, la distancia va marcando los vacíos que existen entre los diferentes centros en juego, un espacio que obra sobre el sentido del tiempo: "sentía cierta excitación, como si de pronto me hubiera convertido en otra persona o hubieran pasado años desde que abandonara Lima." (pág. 19). Sin embargo, sólo han transcurrido unos días. Lucho y su tío Felipe han salido de Lima hacia Trujillo. En esta primera etapa del viaje van en ómnibus, de Trujillo a Santiago de Chuco viajan en un viejo camión y atraviesan una fuerte tormenta, umbral de la sierra y de una mayor agresividad del entorno. La aceleración del movimiento original se va reduciendo, como si el espacio resistiera en su espesor el intento de atravesarlo. Así, en Santiago de Chuco, los dos deben permanecer varios días simplemente «esperando». Después de esos días detenidos en Santiago los dos viajan hacia San Gabriel. lo hacen ahora en dos caballos y una mula. El aire es puro, la naturaleza inhóspita; ese espacio va poniendo resistencia a los intrusos que lo atraviesan: «a mitad de la tarde empezó a llover. Esa inmensa meseta agujerada de charcos... me deprimía el ánimo y me hizo sentir de golpe la fatiga del viaje» (pág. 19). Finalmente llegan a San Gabriel que aparece a sus ojos como un oasis, tal vez el templo: "al fondo de una hondonada se veía una masa de eucaliptos, una casa blanca muy grande con tejas encarnadas y un sendero de tierra roja" (pág. 21).

Sin embargo, el espacio abierto de San Gabriel no ayuda a Lucho. Por el contrario, diluye su impulso inicial de integración: "en San Gabriel demasiado espacio para la pequeñez de mis reflejos urbanos" (pág. 23). Y más adelante: "en San Gabriel vivía derramado, extrañamente confundido con la dimensión de la tierra. Cada tarde, al regresar de mis andanzas, debía hacer un esfuerzo para reconstruirme en torno a mi conciencia" (pág. 23). El "círculo de la forma" de Lucho está condicionado por la ciudad. En San Gabriel el desajuste entre su punto nodal y el resto del contorno se absolutiza: vive

derramado, la conciencia se desperdiga y hay que hacer esfuerzos para "reconstruirse".

Son páginas muy significativas para expresar el "desencuentro" hombre- espacio por falta de un adecuado "círculo de la forma". "Todo me conducía a la diversidad" (pág. 23), dice un poco más adelante y así, en un momento determinado, hostigado por el imposible amor de Leticia, emprende el segundo movimiento, un viaje que delimita aún más el posible centro del círculo buscado. Va de la hacienda a la barraca de la mina en la montaña, donde habrá de vivir solo, incomunicado con los indios mineros a los cuales no podrá entender: «nunca supe concretamente por qué partí hacia la mina» (pág. 79). Por el camino hacia la mina ya surgen los primeros obstáculos serios. Primero Lucho está a punto de desistir, luego "las dificultades de la ruta solicitaron mi atención y me distraje" (pág. 79). En este segundo movimiento hacia más escondidos "corazones" latinoamericanos las dificultades crecen, los obstáculos se hacen más y más visibles, al punto que Felipe está por caerse del abismo: "de pronto, la mula de Felipe se encabritó, hizo un extraño movimiento, sus patas traseras vacilaron un instante sobre el abismo y sólo por un milagro logró mantenerse en el sendero" (pág. 80).

En la mina tampoco habrá posibilidad de "encuentro". El capataz es sordo y analfabeto. Los obreros, todos indígenas, silenciosos y taciturnos permanecen incomunicados con el joven blanco a quien miran con desconfianza: "Yo sentía que jamás los podría comprender, ni ellos tampoco a mí. No sólo era el idioma y las costumbres lo que nos separaba, sino cientos de años de cultura. Y era algo más: mi situación aparente de patrón" (págs. 83- 84). Si las dificultades de la naturaleza han pautado las primeras barreras para el encuentro de Lucho con su contorno, las dificultades humanas marcan, en forma tajante y definitiva, la segunda etapa del esfuerzo de construcción de un centro- templo en esas ásperas montañas. La incomunicación humana tiene aquí una triple barrera genética: raza- idioma- condición de dependencia del indio. Sobre ellas, la propia incomunicación del lugar geográfico ámbito de una cultura diferente a la cual representa el joven Lucho: "su instinto les advertía que algún día, barbado ya e investido de poder, me convertiría fácilmente en su opresor" (pág. 84).

En estas condiciones, lo único que hace el protagonista es irse endureciendo, como una forma de asumir la madurez y la identidad buscada. Pasan semanas y el "alrededor" empieza a hostigar y a pesar sobre la conciencia del joven que cumple sus 16 años en la montaña.

Vaga por la zona donde "no había rastros de vida... el paisaje, de tan espléndida soledad, me daba el efecto de un espejo en el cual me contemplaba por primera vez... Eran momentos terribles en los cuales algo se desnudaba dentro de mí, no cabía la posibilidad de la hipocresía, y era fácil descubrir que era un imbécil o un predestinado o que podía tranquilamente quitarme la vida sin vacilación" (pág. 85).

La única persona con la cual puede comunicarse es con el "sordo". Le grita y le llora abrazado a él como una mujer: "cuando me oprimió entre sus fuertes brazos lloré como una mujer" (pág. 85). La única solución ante las barreras humanas que se levantan frente a su deseo de auténtica comunicación es el alcohol. Sin embargo, ésta no es la liberación y un día, tras la explosión de un cartucho de dinamita que vuela el brazo de un minero, decide volver a San Gabriel. En este viaje de regreso el joven ya no es el mismo. Vuelve tenso, con una experiencia en su haber: la confrontación integral de su conciencia con los grandes espacios duros y ásperos, la tentativa frustrada del "diálogo" con los indios de la mina.

Al volver a San Gabriel todo parece más fácil. Significativamente el capítulo de ese retorno se llama "Siete diálogos". El diálogo es posible, pero sólo sirve para pautar nuevas incomunicaciones. Una idea empieza a crecer en el joven: "pensaba que nada era capaz de retenerme en San Gabriel ni las personas ni los lugares. Ido el verano, todo había caído en una gran melancolía otoñal... Todo estaba lleno de vegetales muertos y hasta la misma suciedad de la casa, de los muebles del patio parecía polvo moribundo" (pág. 205).

San Gabriel, que nunca pudo llegar a ser el hogar buscado, empieza a desfibrarse en su propia esencialidad. Con la visita de Don Evaristo el desajuste del joven llega a su punto crítico. Se habla de vender San Gabriel y de comprar una casa en el litoral, pero "por terquedad, por orgullo o simplemente por amor se obstinaba a perdurar en una casa que se caía a pedazos y en una tierra sin brazos ni barbechos" (pág. 207). Lucho vuelve a vagar por los campos, recae en la "diversidad" que lo dispersa y finalmente decide retornar a Lima, desandando el movimiento centrípeto original, volviendo a la "periferia". Sin embargo, ya no es ni será nunca más el mismo: "tenía la impresión que algo mío había quedado allí perdido para siempre, un estilo de vida, tal vez, o un destino, al cual había renunciado para llevar y conservar más puramente mi testimonio" (pág. 213).

El movimiento termina nuevamente a la orilla del mar: "ya no pensé en otra cosa que en el mar, en sus vastas playas desiertas que las aguas mordían a dentelladas lentas y espumosas" (pág. 213).

Un frustrado templo no ha podido ser levantado en el corazón del espacio inhóspito de la sierra peruana, pero la identidad de Lucho ha cambiado esencialmente. Si los paraísos a encontrar o construir no están en el centro del continente, tal vez puedan estar en los nuevos escenarios de raíz violenta y contradictoria, como son las ciudades o incluso en Europa.

Los viajes en búsqueda del templo llegan a su fin y éste no ha sido encontrado. Violencia, anacronismo, aislamiento marcarán este último y desesperado esfuerzo de posesión del espacio. El resultado será casi siempre traumático, pero de esa disfuncionalidad esencial brotarán algunas de las mejores obras de la ficción latinoamericana: aquellas que han decidido forjar una identidad, aunque sea a golpe de machete en la selva o a metrallazos entre sus semejantes.